

Una herida en el tiempo, el vacío como mandato que queda: nuestro Pablo...

Ignacio Sánchez-Portillo. Universidad Francisco de Vitoria (España)

Recibido 05/12/2023

Resumen

La vida de cada cual es contingente, pero es una contingencia necesaria para una porción de vidas; aunque me atrevo a decir, incluso, que así es para la creación en continuidad. Creo que nosotros tenemos misión. La misión implica que aquello que no haga alguien quedará sin hacerse tal y como lo podría hacer esa persona. En otras palabras, la misión de cada cual, como la propia vida, exige y es disyunción, —o esto o aquello, así o de otro modo. Y si tenemos en cuenta, que la realidad es sistemática, y que un sistema es orden de los elementos que se ve afectado por entero en caso de que suceda algo a alguno de los que lo componen, entonces para estar viviendo tal y como vivimos se nos revelan los otros como contingencias necesarias, imprescindibles. Bien podría hacer una aproximación a Pablo Posada desde la razón vital y algo habrá de ello a lo largo de estos párrafos, pero eso es una tarea prematura, como su muerte.

Palabras clave: contingencia necesaria, misión, Pablo Posada Varela.

Abstract

A wound in time, the void as a mandate that remains: our Pablo...

Everyone's life is contingent, but it is a necessary contingency for a portion of lives; although I even dare to say that this is how it is for creation in continuity. I think we have a mission. The mission implies that what someone does not do will remain undone as that person could do it. In other words, each person's mission, like life itself, requires and is disjunction —either this or that, this way or another. And if we consider that reality is systematic, and that a system is an order of the elements that is completely affected if something happens to any of those that make it up, then to be living as we live it is They reveal others to us as necessary, essential contingencies. I could well make an approach to Pablo Posada from a vital perspective and there will be something about it throughout these paragraphs, but that is a premature task, like his death.

Key words: Necessary contingency, Mission, Pablo Posada Varela.

Una herida en el tiempo, el vacío como mandato que queda: nuestro Pablo...

Ignacio Sánchez-Portillo. Universidad Francisco de Vitoria (España)

Recibido 05/12/2023

A mi amigo Pablo Posada Varela,
con quien me reencuentro todos los días.

La vida de cada cual es contingente, pero es una *contingencia necesaria* para una porción de vidas; aunque me atrevo a decir, incluso, que así es para la *creación en continuidad*. Creo que nosotros tenemos misión. La *misión* implica que aquello que no haga alguien quedará sin hacerse tal y como lo podría hacer *esa* persona. En otras palabras, la misión de cada cual, como la propia vida, exige y es *disyunción*¹,—o esto o aquello, así o de otro modo. Y si tenemos en cuenta, que la realidad es sistemática, y que un sistema es orden de los elementos que se ve afectado por entero en caso de que suceda algo a alguno de los que lo componen (Nigris, 2018: 205-232), entonces para estar viviendo tal y como vivimos se nos revelan los *otros* como contingencias necesarias, imprescindibles. Bien podría hacer una aproximación a Pablo desde la *razón vital* y algo habrá de ello a lo largo de estos párrafos, pero eso es una tarea prematura, como su muerte.

Lo que escribo como inicio de este recuerdo a Pablo —tributo indigente y amoroso—, se ve mejor con el ejemplo concreto, situándonos en nuestra vida concreta. ¿Cómo es la vida de aquellos que han encontrado la huella de una presencia trascendente? Por ejemplo, la de una vocación contagiosa, desbordante y generosa como la de nuestro Pablo. ¿Habrá alguien que pueda sustituirle? No ¿Habrá alguien que pueda hacer filosofía tal y como él la hizo? No ¿Quedará entonces ese hueco, ese quehacer inconcluso? ¿Vacuo para siempre? Algunos hombres harán algo parecido, partirán de él o de otras fuentes, llegarán, tal vez a dar alguna respuesta casi parecida... pero nunca como lo hizo y lo haría nuestro Pablo. Y lo más grave del caso, ¿habrá alguien que ocupe su lugar, ese lugar que tenía en la vida cada uno de nosotros? La respuesta —por un lado, tranquilizadora, por otro, desgarradora— es no. Nuestras

¹ Julián Marías (1960, t. II), en los capítulos «V. La razón.» y «VI. La estructura de la vida humana».

vidas han quedado heridas por su marcha, porque vivimos con él, hicimos parte de nuestra vida junto y gracias a él.

Se nos ha muerto Pablo. El mandato es *seguir viviendo* con él, por él, con nuestro Pablo, desde y para nuestro amigo... Aún no está «Dicho», sigue aconteciendo, continúa en el «Decir», como nos insiste Levinas. Pablo *sigue* porque me es *imprescindible*, «¡Imprescindible! Es decir, que no podemos vivir sin ello, que no podemos admitir una vida donde nosotros existiéramos y lo amado no —que lo consideramos como una parte de nosotros mismos» (Ortega y Gasset, 2004, t. I: 748). Yo existo, *estoy* en la existencia, estoy aquí, pero he de hacer algo más porque *con existir, no vivo*. Necesito poder entregarme a algo que me excede y me urge a hacer algo con *mi estar*, hacer *proyecto*. Necesito vivir y para ello, como muestra la *razón vital*, he de hacer algo con lo que me pasa, no simplemente estar en la realidad sino hacer algo con ella, en ella (Marías, 1960, t. II). Y ahora la realidad apremia porque no espera, continúa viviendo, azorado, vacilante, desmoronado —la morada que era mi horizonte tiene una herida, se deshace un poco— y me es *urgencia*, me es cuestión a razón de que el *quehacer* de *mi vida* ha cambiado tras la falta de Pablo: ausencia de su existencia, presencia de su *pervivir*. Una *creencia*, aquel elemento sólido desde el que puedo edificar mi vida (*ibidem*)², ha quebrado: yo creí que viviría junto a Pablo; era uno de mis supuestos de encuentro y reconocimiento de *vocación* y *argumento*, aquel con quien compartir trayectorias de *mi vida*. ¿Y ahora? He de llegar a una esperanza.

Ahora he de persistir, hemos de seguir. No deja de serme imprescindible, yo sigo existiendo y procuro vivir ¿Cómo es eso posible sin contradecir lo anterior? Porque *pervive*, más allá de la existencia, de otro modo de presencia. Me es irrenunciable comprender una vida con él porque *es parte de mi sin ser yo*, está en mi biografía y es coautor de ella, en cierta medida, con su propia vida. Compartimos parte de nuestra *vocación general*, allá donde radican todos los proyectos y trayectorias de nuestras vidas, y yo dejaría de ser quién soy si viviera sin Pablo. Tal vez si lo narro se puedan comprender su pervivencia y su imprescindibilidad.

Ante la tentación de hacer algo lleno de academicismo, vacío e impropio, contrario al espíritu de Pablo; o el pretender hacerme el original cuando no lo soy, me encuentro con una invitación a la humildad vulnerable, al reconocimiento menesteroso, a la

² Y véase Ortega y Gasset, *Ideas y creencias* (2006, t. V).

apertura de agradecimiento de la humanidad entera que está en juego con cada uno de nosotros. Me encuentro queriendo hacerme cargo de mi amigo, y con él, hacer algo de filosofía. Digo esto porque lo que escribiré necesito escribirlo, algo así como un rezo que trasciende toda limitación creencial para volver a creer, para vivir con esperanza, vivir con mi amigo. Como dejó escrito Julián Marías en las solapas de sus *Obras*: «No me interesa la *originalidad*, sino la *verdad* [...]. Me preocupa más *dejar escapar la verdad*. [...] No me importa ser inferior a otros —estaba seguro de ser inferior a tantos—: me importaba ser *inferior a mí mismo*»³. Así fue como vivió Pablo, prefiriendo la verdad a la originalidad, con la humildad y tenacidad necesarias para vivir una vida auténtica e insobornable; así quiero escribir. Filósofo y bueno, o como se dijo Machado (1987: 136) en *Retrato*:

[...] y, más que un hombre al uso que sabe su doctrina,
soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.

Esta carta, artículo, ensayo, elegía, o aquello que sea, pero con tintes de filosofía, no puede ser escrita más que al alimón entre tres puntos de vista: tercera persona, primera y la que se sitúa, sin esfuerzo, como la perspectiva de aquel que escribe a su amigo, confiando en que pueda llegarle de algún modo lo que quiere decirle. Le llegará. Le llegará mediante la lectura que hagan de estas palabras aquellos que lo conocieron, lo quisieron y lo admiraron, ahí donde también perdura. Las escuchará por el misterio que se encuentra tras el umbral. Por el *argumento* del agradecimiento que se encarna como instante⁴.

Y es que no tengo más que profunda gratitud por nuestra amistad, por la ilusión que sembró en mí y que pude ver que granecía en otros. Lo único, he de confesar, que de vez en cuando, en los desvelos melancólicos del crepúsculo del día, le susurro y me repito: ¿por qué tan pronto? También me pregunto por el *mundo*, por el *horizonte* de

³ Julian Marias, solapa de *Obras*. Madrid, Revista de Occidente, 1958-1982.

⁴ *Argumento* es, según Julián Marías, «estructura dramática», y estructura es, como dijo Ortega en *Meditaciones del Quijote*, «elementos más orden». El argumento es, podríamos decir, la instalación radical del hombre, que no está hecha, es contingente y puede fallar, desde la que este ordena los elementos que se encuentra en su vida, en mi vida como realidad radical, para precisamente hacerla en continuidad y llevarla hasta la plenitud de sus posibilidades. El argumento articula la vida entera en la trama de sentido que obliga a hacerme responsable de la vida que voy haciendo. Esto es un breve esbozo, la cuestión merece ser desarrollada en mayor profundidad.

posibilidades que a cada cual rodea, espolea y nutre el porvenir de cada vida. No quiero caer en el rencor, tampoco en leyendas malditistas, pero sí que me pregunto ¿qué pasa con los hombres buenos y justos? Me duele en lo profundo del alma conocer los desaires, las desestimaciones y la inurbanidad que vivió; pero me alegra saber las íntimas y leales amistades que tuvo, el amor de Julie, el amor que fue acompañando su caminar, encontrándose con él.

No se debe olvidar todo el peso del exilado, el de aquel que encuentra el hogar en un lugar lejano de donde nació, allá entre la filosofía, Francia, Alemania y algo de España. Incluyo la filosofía porque era uno de sus principales «lugares» del ámbito de lo real, ahí se dio la *trayectoria* que le unió con otros tantos. Además de que el acontecimiento de la eviterna amistad, en mi caso, fue gracias al impulso de la filosofía, aquella que se encuentra tras agotar otros quehaceres. Aguantó y se sostuvo no sin dificultad y desgarró. No se dejó abatir por los zaherimientos que recibió, los desplantes y menoscabos de aquellos que no comprendieron ni su proyecto ni su desbordante ilusión. Lo que más daño le hizo, además de lo anterior, fueron otras cosas, algo que desborda y que eran sombras que le hacían estar a la deriva en múltiples ocasiones, fuertes acometidas a las que hizo frente. Aunque como escribió Stefan Zweig (2019: 546), «Pero toda sombra es, al fin y al cabo, hija de la luz y sólo quien ha conocido la claridad y las tinieblas, la guerra y la paz, el ascenso y la caída, solo éste ha vivido de verdad». Lo pasó mal, terriblemente mal, vivió de verdad, exponiéndose a la verdadera vida y sus requisitos. Aun así, a nosotros nos entregaba sin reparos lo mejor de su haber, su claridad y sus frutos. Lamentablemente se repite esto que escribió Julián Marías *En la muerte de Ortega* en 1955, con un resalte, la soledad es falta de justicia, aquella que impedía la instalación definitiva en un lugar en el que descansar y realizar sus múltiples trayectorias. Decía así Marías de la vida de su maestro:

Y quiero recordar, por último, la soledad en que cruzó gran parte de su vida. La vida —siempre lo enseñó— es radical soledad; pero, además, conocía el destino de los innovadores y los hombres insobornables: quedarse solos. Cuando Dios se muestra particularmente propicio con alguno, se queda casi solo. Esto no quiere decir que se pierda solitario en el desierto, porque los demás lo siguen —a distancia—. Tal vez cuando ya no pueden darle compañía, cuando hay que hablar de él en pretérito y ya no va por la Gran Vía o la calle de San Bernardo, por la Ciudad Universitaria o por el Retiro, por la calle de Bárbara de Braganza o la de Monte Esquinza; por este Madrid entrañable, suyo

y nuestro. Cuando se superan ciertas miserias y esa «modestia histórica» que tantas veces nos extravía, y se ve que aquel hombre que estaba entre nosotros, que hablaba y escribía, conversaba y paseaba, era del linaje de Platón o de Descartes, de Cervantes, Quevedo o Goethe. Cuando se ha ido silenciosamente y ya no está entre nosotros. [Marías, 1960, t. V: 394]

Ese era su linaje, esas y otras fueron sus calles como las de Toulouse, Renania del Norte-Westfalia, Oviedo y más. Añadiría yo a sus queridos Richir, Husserl, Ramón Gómez de la Serna, Machado, Bergamín, Marías y otros tantos muertos y aquellos que están aún vivos. Insisto en la cuestión de los vivos porque uno de los dones que Pablo rindió con especial cuidado —además de guardián y labrador del lenguaje— fue el de admirar al prójimo tal y como es y allende de su presente, proyectándolo fecundamente en el futuro. La admiración, la palabra, la agonía y el compartir, así es Pablo para mí. No soy el que mejor lo conoció, pero algo pude vivir con él. Y eso me anima a vivir el dolor de su vacío, no total sino parcial, y pretender hacer algo bello y bueno con ello. Ese algo es *mi vida*, y esto que escribo es un inicio.

Soy, quiero ser, de esos que procuran, imperfectamente, vivir el dolor, así como nos enseñó Unamuno; tomándolo como un don de esperanza, viendo lo bello que expresa el dolor o en sus palabras:

[...] este dolor da esperanza, que es lo bello de la vida, la suprema belleza, o sea el supremo consuelo. Y como el amor es doloroso, es compasión, es piedad, la belleza surge de la compasión, y no es sino el consuelo temporal que ésta se busca. Trágico consuelo. Y la suprema belleza es la de la tragedia. [Unamuno, 2013: 246]

¿Consuelo temporal? Entiendo que de nuestro tiempo. Este tiempo herido y quebrado que ha de recomponerse mediante el amor al amigo, en la belleza del instante en que *ponemos* toda nuestra vida, en la que se encuentra Pablo, y nos lanza a un futuro con él como perdurable y como guía intemporal que se da en *sincronía* y en *diacronía*. Diacronía como el tiempo que se abre cuando «uno-es-penetrado-por-el-otro», por esa apertura al otro sin condiciones (Levinas, 2021: 98). *Sincronía como autoconstitución*, manifestación y sucesión de lo elegido como *Dicho* (*ib.*: cap. 3). Pero cuando uno se instala en el *Decir*, lo infinito, lo irreductible, la llamada aún sin responder e inagotable en la respuesta, allí donde lo dicho puede des-decirse. La *diacronía sincronizada* como el «uno-para-el-otro de la responsabilidad» (*ib.*: 89), aquello

que sigue pasando, y nos pasará, en cada *instante*, haciéndonos quienes somos. En tal tiempo nos reconocemos *responsables*, seguimos respondiendo al amigo, y el amigo continua reobrando y respondiendo en nosotros, somos respuesta dada en la posibilidad de responder responsablemente; porque aún hay por decir. El *trágico consuelo* de saber que toca hacer la viva con esta forma de presencia inesperada de nuestro amigo.

Es demasiado pronto como para escribir un homenaje por ti, querido Pablo. Daba por hecho que, en caso de darse esta situación, tendría canas, más lecturas y muchas anécdotas que harían posible hacer un homenaje a la altura. Hemos de celebrarte, con la pena de tener que hacerlo ahora. Y he de admitir que no estoy preparado para hacer algo así. Nunca habría querido que así fuera, tan pronto, tan lejano, con tanto silencio, tan huérfano. Sé que sólo puedo vivir, es decir, *continuar viviendo* desde el agradecimiento por tu vida y por la que nos diste. Además, se da una extraña situación, pues me estreno con este escrito de agradecimiento por tu muerte, por tu pervivencia. Se suponía que la primera vez que se hiciera público algo escrito por mí iba a pasar por tu lectura atenta, tus recomendaciones de lecturas y palabras. Recuerdo una de nuestras conversaciones sobre publicar un artículo en torno a Unamuno y la *razón narrativa* en esta misma revista. Me invitabas a soltarme filosóficamente, me exhortabas a poner palabras y ejercitar el pensamiento para tomar el compromiso del quehacer que nos unió y nos continuará uniendo diacrónicamente. Ese artículo debía ser un extracto de aquel trabajo que me dirigieron nuestros admirados y queridos Miguel García-Baró y Francesco de Nigris, se suponía que sería el salto para compartir con la comunidad de filósofos mis menesterosas ideas. Te comenté la idea de, además de ese artículo, completar el trabajo, continuándolo como ensayo, y hacer una publicación juvenil. Tú me alentabas a ello, a arriesgarme a hacer aquello que me ilusionaba y que requería de esfuerzo y exponerse, este es el artículo, ahora falta el libro.

No puedo fallar a más personas, ya se lo prometí a una querida amiga que ya no está—pero pervive. Ahora con Pablo reencuentro de nuevo el sendero que me, y nos, impulsa a hacer lo que se debe hacer como *urgencia vital*⁵. He de llevar a cabo esa tarea.

⁵ Sobre el concepto de urgencia vital v. el capítulo «VII. El horizonte de los problemas» en Julián Marías, *Introducción a la filosofía* [1947], en Marías (1960, t. II).

De lo contrario quedaríamos tullidos, más aún de lo que podemos estar con las pérdidas y hostigamientos que durante la vida sobrevienen. Creo que una forma de recuperar, entiéndase, de recomponerse tras pérdidas o frustraciones —sean amigos, trayectorias, ilusiones, familiares— es haciendo gala de lo entregado por los otros. Ellos nos entregaron unos talentos, en forma de tiempo compartido, de palabras, de recomendaciones, de admiraciones y todo lo latente que irá brotando con el suceder de los instantes; aquellos en los que nos encontramos reencontrándonos inesperadamente con aquello que se pensó olvidado, terminado o agotado. Esos talentos son imperativo moral, mandato de responsabilidad con la *carne*, el otro-que-soy, el yo-en-comunión-de-reconocimiento-con-el-otro-que-me-encarna. Tal vez me equivoque en esto que digo, además de tener muchas lagunas argumentales. En lo que no yerro es en pensar que Pablo tomaría cada palabra y la consideraría, las relacionaría con numerosos filósofos, lo aquí puesto lo transformaría en algo digno de ser escrito y, de ese modo, me mostraría la limitación de mi *Dicho* ampliándolo y enriqueciéndolo mediante su instalación en el *Decir*. Hemos de realizar aquellos compromisos contraídos a través de su mirada generosa, creadora y creyente.

Creyente porque Pablo era alguien que sabía mirar al prójimo de forma fecunda, casi revelando a cada cual, quién era para sí mismo. Asistía a nuestro reconocimiento, a ayudarnos a, quizá, poder decir en algún momento de nuestra vida como don Quijote «yo sé quién soy» (Cervantes, 2015: 58). Lo hacía hacedero, cobijaba las posibilidades y trayectorias de autenticidad de la persona que miraba —mediante el hacerse morada del otro, nos revelaba— tenía el secreto de los ojos unamunianos de «belleza de bondad». Ante cualquier intervención o comentario, independientemente del que lo pronunciase, su buen corazón procuraba llevarlo hasta las últimas posibilidades, hasta la *plenitud de su limitación* (Unamuno, 2018: 132). ¿No es acaso esa la misión del filósofo?

Vuelvo la vista atrás, y veo venir a Pablo con su cabellera aireada, su paso dejando huella y tramontana de *bonhomie* —parecido a una brisa que conmueve al horizonte de cómo debemos ser con el prójimo—, la alegría de sus ojos que anticipaba el encuentro de la conversación filosófica y la mirada fecundativa de tanta filosofía y tanta amistad. También, me reconozco a mí como aquel que tuvo la suerte de ese encuentro discreto en algún aula perdida de Madrid, aquel que no cesa en revivir lo que vivió y *previvió* junto a Pablo. De vez en cuando me miro y nos recuerdo paseando, te veo y escucho

tu imperativo, tu exhortación de abandonarse a la autenticidad, de tomar la vida como algo propio, algo por hacer y decidir. Paseo en soledad por esas calles que, de aquí para allá, recorrimos juntos compartiendo. Hay una conversación que me marcó y fue una especie de embate, una acometida amorosa y preocupada que me atravesaba porque iba a la raíz de mi *situación*, de mi trayectoria filosófica balbuciente y vacilante. Sabías ver, con expresión de nuestro Unamuno, el *hondón del alma* y como profeta me anunciabas, con humildad, el sino del filósofo o tal vez del que entrega su vida para poder vivirla en plenitud. Hablamos de la vocación del filósofo, del esfuerzo, la agonía como lucha ante la dificultad, las privaciones y renunciaciones del filósofo o de aquel que tiene una *vocación* que exige innovación. Al día siguiente me escribiste en un mensaje: «Tienes que decidir si quieres (o no) dedicarte en cuerpo y alma a la filosofía. Quedarse a medio camino no tiene demasiado sentido. Creo.»⁶. Seguidamente con tu cuidado me decías algo más para que pudiera comprender el sentido como mano que ayuda, *caricia*, y no como mano que daña. Y es que yo quiero, y estoy en ello, voy decidiendo y cada vez encuentro más *imprescindible* la filosofía, así como tu amistad. El «medio camino» no es una obra incompleta o una vida que finaliza «antes de tiempo», ese tiempo que presuponemos hasta la vejez y que es completamente inseguro. La vida a medio camino es la vida que no arriesga, que no se entrega a algo más grande que él; la decisión de jugársela de forma patente y así decidir en el naufragio en el que nos encontramos.

Imagino que nos ha dejado a cada uno peticiones concretas y otras *concretamente-inagotables*, como lo es la de vivir el drama de la vida auténtica que se da al jugársela por la fidelidad a la vocación. Nos encontramos en orfandad porque hubo filiación. Y eso nos debe llevar a una *duda* que es uno de los temas de nuestro tiempo y que De Nigris ha llamado *duda de orfandad y filiación*:

Se desencadena esta duda ante la muerte que quita el aliento, que mata y remata sin fin, la de quien me es imprescindible: del esposo, la esposa, el hijo, la hija, el amigo..., es decir, muerte del amado; pero también muerte de mí, el amante, que causa infinito dolor a quién me ama. [Nigris, 2020: 231]

⁶ Mensaje de WhatsApp de Pablo Posada Varela la mañana del 4 de marzo de 2023.

Queda mucho Pablo, mucha fecundidad que llevar a cabo. Nos conduce a una serie de preguntas radicales, no sólo quién era él, sino quiénes éramos cuando estaba y quiénes somos sabiendo que, por ahora, no nos veremos en mucho tiempo. Nos conduce a la pregunta del reencuentro, a la duda de cómo vivir *ahora* así cuando antes no era problema porque podíamos escucharle de viva voz. A mí me arrastra a interrogantes difíciles y que me oprimen como ¿qué podría haber hecho por él? ¿Qué puedo hacer por los otros? Reconozco que sí, creo que sí, podría haber sido mejor amigo. Pero esta última queda aún como pregunta, no como martirio o flagelación, sino como llamada a la responsabilidad. Por ello creo que hemos de aferrarnos a los versos del poeta Luis Rosales que repite (2022: 256):

—No lo olvides:
la muerte no interrumpe nada—

Dudar creyendo, confiando en que esos versos sean verdad, en cada caso de forma personal, pero en el de todos en la medida en que no debe interrumpirse nuestro vínculo con Pablo. Vivir para cumplir con lo aquello que nos solicitó. Escuchar lo que nos pide cada día, lo que vendrá.

Hablo en presente y futuro de él a menudo, porque la vida la hacemos hacia adelante; recogiendo nuestro pasado y poniéndolo en riesgo en el presente, en el instante de lo inesperado mediante la verbalidad de la vida. Vivir el dolor, pasar el dolor. No podemos aniquilarnos por el dolor, es ahí donde nos reformamos para seguir viviendo y para *saber quién soy*⁷; al mismo tiempo que queremos y amamos a los otros, brota la vida nueva. Dolor y sufrimiento son mirar a la *realidad*, ser fiel a la *verdad*, vivir auténticamente la vocación. Es dar el *salto* al abismo de miseria, hacerse vulnerable con las lágrimas de salvación que riegan el pasado con porvenir. Lanzarse al presente fáctico, al *aconteciendo*. Ahí es donde él sigue viviendo y reobrando en cada una de nuestras vidas, por lo menos en la mía. No fui el mismo después de conocerlo. En su partida algo en mi interior dio un vuelco, quebró y sigue ahí reclamándome ocupación. Dio un impulso de madurez a mi vida tras recordarme los fundamentos de la esta, aquellos que son del naufrago. Como decía, mi vida fue otra tras encontrarnos,

⁷ Hago énfasis en el quién con tilde por el interrogante que siempre es.

así ha sido cuando entró en la niebla. Continuará siendo así, no puedo entender mi vocación filosófica sin sus palabras, sin sus lecturas, sin él.

He de atender a lo que hablé con él, a lo que me comprometí. He de ocuparme de la idea de *concrecencia* de la que nos habló y de la que escribió, aún pendiente de que la estudie a fondo. Recuerdo cómo me estimuló para pensar el movimiento del acontecimiento que es la vida humana, el problema del crecimiento de *mundo*, del *hombre*, de la continuidad y la idea de que todo ello se debe nutrir de la vida toda del hombre, del sedimento y precipitado de la vida del otro. Los temas que tanto trató como la arquitectónica, mereología, fantasía, la fenomenología, la obra de su maestro Marc Richir, la cuestión de la psicopatología desde la filosofía, todo ello está ahí esperando y ahí también está él. El poso es abundante y denso. Las trayectorias que eran la ilusión de la amistad quedan frustradas, pero no todas ellas. Porque la *presencia* excede el presente-presente, aquel que es el *hic et nunc*. Y no hablo de una presencia de la ausencia, aunque también, pero no sólo esa. Gracias a que hablamos me reencontraré con Pablo en las lecturas que me propuso, en los nombres que me ofreció.

Me cruzo con Pablo en cada palabra nueva del francés, pues fue de los que más me insistió con ello; de hecho, tenía la esperanza de sorprenderle en septiembre con mis avances en esta lengua. Nos encontramos con Pablo en los seminarios de los viernes en los que continuamos la lectura de *La acción*, tesis de 1893, de Maurice Blondel; en cada palabra mal traducida, en las genialidades de Blondel que queremos compartir con él, en los comentarios que queremos escuchar de su voz. En la lectura de este homenaje, en el estudio de sus muchos artículos, sus prólogos, sus libros por publicar, las traducciones que están esperando a ser accesibles, en sus proyectos incompletos. Me reencontraré con él cuando conozca mejor a sus amigos, a sus maestros, aquellos que estudió y con los que compartió su vida. Hoy le hablo, mañana también; las estructuras de la vida humana es a lo que apuntan. ¡Tengo tantos lugares y personas en los que encontrarme con él! Le encuentro en cada lectura fenomenológica, en las poesías y literatura de aquellos que ambos admirábamos. Me lo encontraré cuando viva, en los próximos meses, en Toulouse. Pasearé por sus calles preguntándome, pensando en diálogos con él porque ya los *previví*, y sería inauténtico no hacerlo y no reconocerlo. Esas calles que encontraré transidas de frío y henchidas con el eco de una luz que me recuerde lo que pudo ser. Me imaginaré de nuevo, paseando con él,

compartiendo cuestiones vitales y lo íntimo que nos unió en una misma trayectoria; haré ensayo de lo que podría decirme y continuaré buscando consejo en él, porque aún está con nosotros, es *carne de mi carne*. Los ecos de su presencia son inagotables. Le escucho aquí en palabras de Unamuno (1958, t. III: 428):

Me destierro a la memoria,
voy a vivir del recuerdo.
Buscadme, si me os pierdo,
en el yermo de la historia,
que es enfermedad la vida
y muero viviendo enfermo.
Me voy, pues, me voy al yermo
donde la muerte me olvida.
Y os llevo conmigo, hermanos,
para poblar mi desierto.
Cuando me creáis más muerto
retemblaré en vuestras manos.
Aquí os dejo mi alma-libro,
hombre-mundo verdadero.
Cuando vibres todo entero,
soy yo, lector, que en ti vibro.⁸

Porque está en nuestras manos, en nuestro quehacer quien es, fue y será, aún no ha terminado Pablo Posada Varela. Hacer nuestro Pablo, hacer mi Pablo. Hemos de hacer que «vibre» en cada una de nuestras vidas, en las páginas de estudio y en los géneros literarios que ensayemos. Sólo así podremos realmente hacer justicia a su vida. La persona es *realidad dramática, realidad poética*, siempre está por hacer con esfuerzo, con resultado inseguro e incierto. No podemos olvidar, no podemos dejar que se evapore su figura, el fruto que ha dado y nos ha entregado. Mucho de su cosecha queda aún por descubrir, esperando a ser ordenado y darle forma de libro para todos nosotros. El legado que nos deja es grande, nos invita a una tensión creadora de amor a la

⁸ Publicado por Unamuno en la revista *Los Cuatro Vientos*, núm. 2, Madrid, abril 1933. Recogido en las *Obras completas* publicadas en Madrid, por Afrodísio Aguado en 1958, poema número 828 de *Poemas y canciones de Hendaya*, p. 428 del tomo III.

verdad, de hacer cada uno lo que le toca y encuentra como suyo. Queda para todos un último mandato.

Hace ya tiempo, en 1943, Julián Marías publicó el libro *Miguel de Unamuno*. En el último apartado, titulado «Unamuno y la historia de la Filosofía», planteaba un problema que ahora encontramos con Pablo y su obra. La decisión de cuál será el lugar de Pablo, de su vida, en la historia de la humanidad y en la de la filosofía corresponde al porvenir, es *a posteriori*. Pablo nos da las posibilidades, las suyas y alguna nuestra, como dice Marías hablando de Unamuno «Es posible que su acción póstuma, por la fuerza de sus intuiciones, si a estas les es dado realizarse y tener alguna vez consistencia metafísica, reivindique para él un lugar en esa historia» (Marías, 1976: 249). Hay que decir que Pablo tiene esa consistencia metafísica y que está en nuestro haber, en el *quehacer*, lo que ocurrirá con esas posibilidades fecundas, hemos de hacernos cargo. Dicho por Levinas sería hacernos *primogénitos*, sentido de hacerse responsable plenamente. Expresado en palabras de Dostoievski (2023: 396): «Cada uno de nosotros es culpable de todo ante todos, y yo más que ninguno». Si cada uno lo vive así, en la *duda de paternidad y filiación*, buen porvenir vendrá o podrá venir, inseguro, pero posible cuando es iniciado, en este caso sólo queda continuarlo si lo recibimos de las manos de Pablo. Ver por él, vivir y conocerle, así conocernos, y responder como este poema de Unamuno (1946: 53-54):

Veré por ti

«Me desconozco», dices; mas mira, ten por cierto
que a conocerse empieza el hombre cuando clama
«me desconozco», y llora;
entonces a sus ojos el corazón abierto
descubre de su vida la verdadera trama;
entonces es su aurora.

No, nadie se conoce, hasta que no le toca
la luz de un alma hermana que de lo eterno llega
y el fondo le ilumina;
tus íntimos sentires florecen en mi boca,
tu vista está en mis ojos, mira por mí, mi ciega,
mira por mí y camina.

«Estoy ciega», me dices; apóyate en mi brazo
y alumbra con tus ojos nuestra escabrosa senda
perdida en lo futuro;
veré por ti, confía; tu vista es este lazo
que a ti me ató, mis ojos son para ti la prenda
de un caminar seguro.

¿Qué importa que los tuyos no vean el camino,
si dan luz a los míos y me lo alumbran todo
con su tranquila lumbre?
Apóyate en mis hombros, confíate al Destino,
veré por ti, mi ciega, te apartaré del lodo,
te llevaré a la cumbre.

Y allí, en la luz envuelta, se te abrirán los ojos,
verás cómo esta senda tras de nosotros, lejos,
se pierde en lontananza
y en ella de esta vida los míseros despojos,
y abrírsenos radiante del cielo a los reflejos
lo que es hoy esperanza.⁹

Todo lo escrito aquí lo hemos hecho juntos, Pablo y yo. Nada de esto tiene sentido sin él: «irreductible a él, incomprensible sin él.» (Marías, 1960, t. II: XXI). Gracias por tu donación infinita, generosa tu vida, inagotable tu amistad, irrenunciable el compromiso contraído. Te echo de menos, porque te vivo presente. Proseguiré viviendo tu *pervivir*, un poco más allá del exilio. El propósito ha sido y será, como dijiste:

[...] poner de manifiesto esos relieves de la ausencia que conforman el vivir, y entender el vivir-la-ausencia de modo positivo (y no como un negativo de una presencia o incluso como una presencia que fue). [Posada Varela, 2023: 148]

⁹ El poema se encuentra originalmente en *Poesías* de 1907. En las *Obras completas* publicadas en Madrid, por Afrodísio Aguado/Editorial Vergara con estudio, edición, bibliografía y notas de Manuel García Blanco en el Tomo XIII: *Poesías I*, 1958, aparece con fecha «16-V-06» y anota el editor a pie de página: «La fecha de esta poesía la consignó su autor en el manuscrito original, aunque no figura en el texto impreso», pp. 419-420.

Bibliografía

- Cervantes, Miguel de (2015), Capítulo V de *Don Quijote de la Mancha*. Barcelona, Real Academia Española/Asociación de Academias de la Lengua Española/Alfaguara. Edición conmemorativa por el IV Centenario Cervantes.
- Dostoievski, Fiódor M. (2023), *Los hermanos Karamázov*. Barcelona, Alba [1878-1880].
- Levinas, Emmanuel (2021), *De otro modo que ser o más allá de la esencia*. Salamanca, Sígueme [1974].
- Machado, Antonio (1987), *Campos de Castilla en Poesías completas* (Manuel Alvar, ed.). Barcelona, Espasa-Calpe. Col. Austral.
- Marías, Julián (1976), *Miguel de Unamuno*. Madrid, Espasa-Calpe [1943].
- Marías, Julián (1960), *Introducción a la filosofía*, en *Obras*, tomo II. Madrid, Revista de Occidente [1947].
- Marías, Julián (1960), *La Escuela de Madrid*, en *Obras*, tomo V. Madrid, Revista de Occidente.
- Nigris, Francesco de (2020), «Pobreza y fecundidad», en *Cuadernos Salmantinos de Filosofía*, vol. 47, pp. 205-232, <<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7659575>>, [10/11/2023].
- Nigris, Francesco de (2018), «Mereología, teoría del conocimiento y metafísica de Ortega como fundamento de la Antropología Metafísica de Julián Marías», en *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, 35, n.º 1. UCM, pp. 205-232. <<http://dx.doi.org/10.5209/ASHF.59197>>, [10/11/2023].
- Ortega y Gasset, José (2004), *Meditaciones del Quijote*, en *Obras completas*, t. I. Madrid, Taurus/Fundación José Ortega y Gasset [1914].
- Posada Varela, Pablo (2023), «Antonio Machado o los relieves de la ausencia. Prolegómenos a una fenomenología del exilio» en M. Chihaiia, J. G. Ferrer Ortega, S. Pérez Gatica, y N. Schmich (coords.), *Caminos cruzados Filosofía y literatura del exilio español en América Latina*. Madrid, Ediciones de Iberoamericana Vervuert, pp. 147-166. <https://doi.org/10.31819/9783968694030_008>, [09/11/2023].
- Rosales, Luis (2022), «La casa encendida» en *La casa encendida. Rimas. El contenido del corazón*. Madrid, Cátedra.
- Unamuno y Jugo, Miguel de (2018), *Paz en la guerra*. Madrid, Cátedra [1897].
- Unamuno y Jugo, Miguel de (2013), *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*. Madrid, Alianza [1912].
- Unamuno y Jugo, Miguel de (1958), *Poesías I*, en *Obras completas* (Manuel G.^a Blanco, ed.), t. XIII. Madrid, Afrodísio Aguado/Editorial Vergara.
- Unamuno y Jugo, Miguel de (1958), *Poesías III*, en *Obras completas* (Manuel G.^a Blanco, ed.), t. XV. Madrid, Afrodísio Aguado/Editorial Vergara.
- Unamuno y Jugo, Miguel de (1946), *Antología poética*. Madrid, Espasa-Calpe.
- Zweig, Stefan (2019), *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*. Barcelona, Acantilado [1942].